

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

Día 3 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria de aquel descubrimiento que hizo en Jerusalén la emperatriz Santa Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra Redención el año 326, poco tiempo después que el mismo emperador había derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la Cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazón y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. Era la mitad del día, que había amanecido muy despejado y sereno, cuando vio en medio del aire una resplandeciente cruz más brillante que el mismo Sol, orlada de una inscripción con caracteres de luz que decía así: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á Constantino con el mismo sagrado símbolo que se le había descubierto en el cielo, y le mandó que, haciendo copiarle, se sirviese de él en los combates. Obedeció el Emperador; y dando orden para que viniesen á su tienda los más hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que quería fabricasen, ordenándoles que la hiciesen de oro y la esmaltasen con las más preciosas piedras.

Diéronse prisa á la obra, y la concluyeron pronto. Era una cruz de oro de la altura de una pica, enriquecida de preciosísimas piedras, cuya parte superior terminaba en una cifra ó monograma que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Pendía de lo más ancho de la Cruz un pequeño cuadrado de riquísima tela color rojo de la púrpura más fina, bordado de oro y cargado de piedras inestimables, en cuya parte superior é inferior estaban bordados con hilo de oro los bustos del Emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dio el nombre de *Lábaro*, y le llevaban delante del mismo Emperador los oficiales más valientes y más piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legión de sus tropas; y, haciendo esculpir en su morrión el monograma del nombre del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese también en los broqueles de todos sus soldados. Después hizo venir á su presencia á algunos obispos, y, habiéndose instruido en los principios de nuestra religión, resolvió no consentir otra en toda la extensión de su imperio.

Mientras tanto, salió Majencio de Roma con su formidable ejército, compuesto de más de ciento ochenta mil combatientes. Derrotóle Constantino, lleno de confianza en la Cruz de Jesucristo; anegóse el tirano en las olas del Tíber, sin que hasta entonces hubiese visto el mundo victoria más completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor; y, para eternizar este testimonio de que había debido la victoria á la virtud de la Santa Cruz, mandó hacer una estatua suya en la misma Roma con el trofeo de nuestra Redención en su imperial mano y con una inscripción, que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Después que derrotó también á Licinio, emperador

del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en ellos la religión verdadera y á desterrar, si pudiese, hasta las miserables reliquias del paganismo.

Habían hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos lugares de Jerusalén, y especialmente para que no quedase memoria de la triunfante resurrección de nuestro Salvador. Con este fin habían terraplenado la gruta del Santo Sepulcro y enlosado con grandes piedras el pavimento; habían levantado en el mismo sitio un templo en honor de la diosa Venus, donde ofrecían á esta sucia deidad los más abominables sacrificios; medio efficacísimo para que jamás se dejasen ver en aquel lugar los cristianos. Dio orden Constantino para que se demoliese aquel infame monumento de la impiedad y para que allí mismo se edificase un templo tan magnífico, que hizo grande exceso á los más soberbios edificios que se admiraban en otras ciudades; y escribiendo de este asunto á Macario, obispo de Jerusalén, le decía estas palabras: *He dado orden á Daciliano, vicario de los prefectos y gobernador de la provincia, para que, arreglándose á tus órdenes, emplee los obreros necesarios para levantar las paredes. Avísame qué mármoles preciosos, cuántas y qué especie de columnas te parece que se coloquen, para dar providencia de que se te envíen. También me alegraré saber si tienes por conveniente que la bóveda se adorne con algún artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y, en caso de elegir él artesonado, se pudiera cubrir de oro.*

Santa Elena, madre del Emperador, quiso tomar de su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazón de ochenta años, y había muchos que sólo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devoción y en todo lo que podía contribuir á la mayor gloria de la religión y

de la Iglesia. El Emperador la había hecho declarar **Augusta**, queriendo que fuese reconocida por Emperatriz, y dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta princesa enemiga de todo fausto; modestísima en su vestido, que era llano y humilde; pero, al mismo tiempo, tan magnífica y tan bizarra en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer y para adornar hasta los más pequeños oratorios de los lugares más humildes.

En medio de su grande ancianidad, pasó á Jerusalén la piadosa Emperatriz. Subió al monte Gólgota, y, abrasada en ardentísimos deseos de encontrar el sagrado madero donde se obró nuestra redención, venció todas las dificultades que podían acobardarla, y aun hacerla desesperar de la empresa. Eran verdaderamente grandes; porque, como ya llevamos dicho, siguiendo á Sozomeno, los gentiles, en odio del nombre cristiano, habían hecho todo lo posible, para borrar hasta el nombre del Santo Sepulcro. Sobre haberle colmado de tierra y de piedras, tanto, que se había elevado considerablemente el terreno antiguo, habían edificado en él un templo á la diosa Venus, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habían colocado la estatua de Júpiter.

Dio principio á la obra mandando demoler el templo y el ídolo; hizo sacar toda la tierra, y, guiándose por la tradición antigua, mandó cavar tan adelante, que al fin se descubrió el Santo Sepulcro, y junto á él tres cruces del mismo tamaño y de la misma figura, sin que se pudiese distinguir cuál era la del Salvador, porque el título que Pilatos había mandado poner sobre ella, *Jesús Nazareno, rey de los Judíos*, estaba separado y en medio de las tres cruces; y aunque ésta parecía bastante prueba de que una de las tres era la que se buscaba,

parecía imposible saber á punto fijo cuál de las tres era. Viéndose la santa Emperatriz con este embarazo, consultó con San Macario lo que se debía hacer; y el santo obispo fue de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algún enfermo, no dudando que Dios declararía con algún milagro cuál de ellas era la verdadera cruz del Salvador. Aprobóse este plan, y, habiéndose aplicado las dos á una señora de distinción que estaba agonizando, no se vio efecto alguno; pero, apenas se le aplicó la tercera, cuando quedó repentinamente sana, á vista de innumerable gentío que fue testigo de esta maravilla. Aun se hizo después otra prueba. Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres, y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella cuyo contacto había sanado á la enferma agonizante; y con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redención el culto que se le debía.

Mandó la piadosa Emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se había hallado la Santa Cruz; y dejando en ella la mitad del sagrado madero engastado en preciosísimas piedras, llevó la otra mitad á su hijo Constantino, que la recibió con singular veneración. Persuadido este grande Emperador á que no podía enriquecer su nueva ciudad de Constantínopla con joya más estimable, ordenó se embutiese una considerable porción de ella en la misma estatua suya que se dejaba ver en medio de la plaza colocada sobre una magnífica columna de pórfido, con una manzana de oro en la mano derecha y con esta inscripción en el pedestal: *Cristo, mi Dios, yo te encomiendo esta ciudad.* Lo restante de la sagrada Cruz fue enviado á Roma por el mismo Emperador y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar expresamente á este fin con el título de Santa Cruz en Jerusalén.

San Cirilo, obispo de esta ciudad veinte años

después de San Macario, testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos ó reliquias de la parte de la Cruz que quedó en Jerusalén, porque, así él como sus predecesores desde San Macario, regalaban con ellas á los peregrinos de distinción que concurrían, á, dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver y de adorar el instrumento de nuestra redención. Y añade el mismo Padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuía el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalén; antes se repetía en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no sólo decrecían, sino que se multiplicaban.

San Paulino, que florecía por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se reproducía como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina que, habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa Resurrección. Así habla San Paulino de este milagro de la Santa Cruz en su Epístola xi á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos con que lo habían sido fuera del título, se hallaron también los clavos, y, probablemente, la corona de espinas; la cual, en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el sexto siglo, se conservaba todavía tan verde que parecía reverdecer todos los días. Ignórase qué hizo Santa Elena del título de la Cruz; pero, de los clavos, hizo toda la estimación que merecía tan preciosa reliquia. Aseguran San Ambrosio, San Gregorio Nacianceno, Nicéforo y Zonáras, que sólo encontró tres clavos la piadosa Emperatriz; los que fácilmente se distinguieron de los otros porque éstos estaban todos roídos y cubiertos de orín, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios, como si acabaran de salir del yunque. Uno de ellos mandó la Emperatriz se engastase en el

bocado ó tasca freno del caballo que servía á Constantino; otro, dice San Ambrosio, que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero le arrojó en el mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dicese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua, como en otro tiempo la hacha del profeta Elíseo; y que, apreciándole más que á los otros Santa Elena por este milagro, se le regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzobispo San Agricio, á quien la Emperatriz profesaba singular veneración. Poco después presentó á la iglesia de San Juan de Letrán el que había colocado en la diadema del Emperador; y, finalmente, regaló á la de Milán con el que había servido de bocado al caballo de este príncipe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invención de este sagrado trofeo, se celebró en ella su fiesta con mucha solemnidad. Ya se celebraba en Francia en la primera línea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia galicana. El rey Ervigio, que reinaba en España en el siglo vii, expidió un decreto que se halla en el Código de las leyes de los visigodos, por el cual manda á los judíos establecidos en sus dominios que celebren la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, del mismo modo que los obligaban á celebrar la de la Anunciación, Natividad, Epifanía, Circuncisión, Pascua y Ascensión.

El fin de haber señalado el día tercero de Mayo para celebrar esta fiesta, fue por acercarla todo lo posible á la memoria de la Pasión del Salvador, y á la Adoración de la Cruz, que se hace en el Viernes Santo. Por eso se señaló el primer día libre después de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del segundo día de Mayo.

Consérvanse, y se adoran en muchas iglesias, partes

muy considerables de, la verdadera cruz. Fuera de la que se adora en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Justino II, emperador de Constantinopla, envió una porción de ellas á Santa Radegundis, mujer de Clotario I, que enriqueció con ella su real monasterio de Santa Cruz de Poitiers; y con esta ocasión Fortunato, que seguía la corte de la santa reina, y fue después obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos, de que aun usa el día de hoy la Santa Iglesia en el Oficio de la Pasión y de la Cruz. San Gregorio envió una parte de la verdadera cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. San Luis consiguió de los venecianos la porción de cruz que había quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó el de 1242, juntamente con la corona de espinas, que dos años antes le habían regalado los mismos venecianos.

En el colegio y noviciado de Villagonda de Campos se veneraba un *Lignum Crucis*, como de una pulgada de largo y media de grueso, con que San Pío V regaló á D. Juan de Austria después de la famosa batalla de Lepanto, y éste se lo ofreció á Doña Magdalena de Ulloa, insigne fundadora de dicho colegio. En la Catedral de Vich se venera otro *Lignum Crucis*, de un palmo de largo y un dedo de espesor, con su correspondiente travesaño probado con el fuego antes de 1343. Y la parroquia de Santa Cruz de esta corte posee también un pequeño *Lignum Crucis*, que se da á adorar en los miércoles de Cuaresma y en la fiesta de su titular.

La Misa es en honra de la Santa Cruz, y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, que en la invención de la saludable Cruz renovaste los milagros de tu Pasión! Concédenos que, por

el valor del vital madero, consigamos auxilios eficaces para lograr la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 2 del apóstol San Pablo a los filipenses.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesús; el cual, siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpación el que su ser fuese igual á Dios, sino que se anonadó á Sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante á los hombres, y, reconocido por hombre en la condición, se humilló á Sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

REFLEXIONES

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad y como nuestro mismo orgullo. Juzgarse uno superior á otro; engreírse, estimarse sobre los demás, porque encuentran el nombre de su familia en pergaminos viejos, ó porque tuvo un bisabuelo hombre de mérito; embriagarse, por decirlo así, con el alto concepto de sí mismo; querer ser distinguido, pretender que todo el mundo le doble la rodilla; ¿por qué? Porque ocupa un empleo que le hace más visible que á sus iguales; porque es dueño de una posesión á que están agregadas estimables heredades; porque es un poco más rico que los otros.

Avergonzarse, tener horror á la oscuridad de su humilde nacimiento, huir de la humillación y del

menosprecio, como de un gran mal; no suspirar por otra cosa que por honras, por empleos y por estimación; gustar únicamente de la distinción y de la singularidad; querer sobresalir en todo; aspirar con ambición al fausto y á los primeros cargos: ¡y todo esto á la vista de un Dios que se anonadó á Sí mismo, que tomó la figura de siervo, que se humilló y se abatió hasta morir, y morir en una cruz! ¡Y engreírse, ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera! La vanidad, el amor de la gloria y la ambición son la pasión dominante de la mayor parte de los cristianos. La herejía es hija del orgullo; la fe se cría con la humildad; en estas almas orgullosas siempre está la religión débil, flaca, desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento, ó que esté en la voluntad; que se desacierte en lo que se cree ó en lo que se obra, importa poco; y no es menos digno de compasión.

El Evangelio es del cap. 3 de San Juan.

En aquel tiempo: Había un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesús de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar; porque ninguno puede hacer estos milagros que Tú haces, á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesús, y le dijo: De verdad te digo: el que no vuelva á nacer otra vez no puede ver el Reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre y volver á nacer? Respondió Jesús: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne, y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: Es menester que vosotros volváis á nacer. El espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero

no sabes de dónde venga, ni adonde vaya; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos, y testificamos lo que habernos visto, y vosotros no recibís nuestra deposición. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creéis, ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del Cielo? Ninguno, pues, sube al Cielo sino el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre, que está en el Cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACIÓN

Del mérito de los trabajos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios, y no son menos saludables los que parecen más amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, así en materia de salvación nunca se debe atender á lossentidos.

Desde que Cristo santificó la Cruz, prefiriéndola á todo lo demás; desde que la ennobleció, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redención, ha sido la Cruz objeto de las ansias de todos los santos. No sólo es el adorno más precioso de la corona de los príncipes; no sólo es el principal ornamento de los altares; es el terror del Infierno, es el contraveneno de las pasiones; es, por decirlo así, el árbol de la vida. Lo mismo, á proporción, se puede decir de las cruces, de las enfermedades, de las

desgracias y de los trabajos. Son amarguísimos á la naturaleza, no lo niego; pero esta amargura es medicinal, es origen de mil exquisitas dulzuras. Las cruces humillan las alturas; los puestos elevados desvanecen; ándaseles la cabeza á los que andan en ellos; toda prosperidad es grande tentación. Pero cuando las adversidades nos hacen bajar de esas elevaciones peligrosas, entonces sí que nos humillamos; entonces sí que la modestia y la afabilidad vuelven á ocupar el lugar del orgullo, de la fiereza y de la arrogancia, y entonces sí que cuesta poco la conversión, con ayuda de la gracia. No hay cosa que más nos arrime á la razón y á la devoción que las adversidades. La prosperidad embriaga, y las cruces restituyen la razón y la fe á la posesión de sus derechos.

¡Oh Dios mío, y qué poco se conoce el mérito de las cruces! Ellas son tesoros escondidos, es verdad; pero ¿quién conoce cuánto vale el fruto que producen? Páranse los hombres no más que en la corteza, que es grosera; retrae y lastima porque ignoran el valor del divino fruto que llevan. ¡Ah, Señor! Pues Vos mismo nos enseñasteis cuan preciosas son las cruces, ¿cuándo ha de llegar el día en que yo comience á estimarlas como merecen?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que basta hacer reflexión del modo con que el Salvador habla de las cruces, para conocer su valor, su mérito y su necesidad. *El que no lleva mi Cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. El mundo se alegrará: los hijos del mundo se divertirán y serán llamados los dichosos del siglo, cuando en realidad serán los más desgraciados y los más dignos de compasión; pero vosotros no los tengáis envidia; vuestra herencia serán las cruces y los trabajos; comeréis siempre el pan mezclado con lágrimas; las calumnias, las persecuciones y toda suerte*

de adversidades os seguirán á cualquiera parte que vayáis; en todas tendréis que padecer, seréis menospreciados, seréis tenidos por el desecho del mundo, por las heces de los hombres. *Y todo porque sois mis favorecidos, mis herederos, los queridos de mi Padre.* Ahora pregunto: ¿Qué ventaja se puede seguir al mismo Cristo de vernos padecer, amándonos tan tiernamente como nos ama? ¿Por qué razón querrá que las cruces y los trabajos sean nuestra legítima y nuestra herencia? Este es el misterio que no comprenden los mundanos, los hombres terrenos y los carnales; pero le entienden sin dificultad los espirituales, los verdaderos fieles, los santos.

i Oh Dios mío, y qué diferente juicio se haría de las aflicciones y de las adversidades de esta vida, si se conociera bien su mérito, su virtud y su valor! Sin duda que, para hacernos formar un alto concepto de lo que vale la Santa Cruz, dispone nuestra religión que en todo la tengamos á la vista. La Cruz es la primera que nos enseña á formar el Catecismo, encargándonos que demos principio con ella á todas nuestras acciones; la Cruz es la que se coloca en todos los altares, y la Cruz es también la que se eleva hasta en la misma corona de los príncipes. No permitáis, Divino Salvador mío, que ignore yo por más tiempo lo mucho que valen las adversidades y los trabajos simbolizados en vuestra sagrada Cruz; y pues ella os sirvió á Vos de instrumento para salvarme á mí, haced que las cruces y las adversidades me sirvan desde hoy en adelante de medio para conseguir mi salvación.

JACULATORIAS

No permita Dios que yo me gloríe en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.—*Ad Galat., 6.*

No tengo, Señor, otro mayor consuelo que cuando

más me afligís, corregís y castigáis.—Ps. 22.

PROPÓSITOS

1. El valor de las cruces no nace de su carestía, porque no hay cosa más abundante en todos los estados y en todas las condiciones. Y es bien extraño que la misma abundancia no nos haya enseñado el modo de aprovecharnos de ellas; siendo nuestra mayor desgracia no conocer la virtud de este excelente remedio para curar las pasiones. ¡Cuánto has perdido hasta aquí por no haberte sabido aprovechar de los trabajos, infortunios y desgracias de esta vida! Conoce ya lo que valen; y, pues dentro de ti mismo tienes esta mina para enriquecerte, acaba ó comienza á persuadirte que no hay otro verdadero mal sino el pecado; y todo lo demás que se llama desgracias, reveses, infortunios, calamidades, trabajos, míralo desde hoy en adelante con ojos verdaderamente cristianos; estímalo en lo que vale, y habla de ello como de un inestimable regalo que Dios te hace.

2. No hay cosa más común ni más saludable entre los cristianos que hacer la señal de la cruz; pero, al mismo tiempo, tampoco hay cosa que se haga con menos fruto, porque ninguna hay que se haga con menos devoción y con menos respeto. Los apóstoles, enseñados por Jesucristo, instituyeron esta adorable señal para instruirnos en los misterios y principios de la fe, y para dar á todos ese público testimonio de lo que creemos. Es la señal de la cruz una como abreviada profesión de nuestra fe; y es también contraseña con que imploramos la asistencia y la bendición de Dios por los méritos de Cristo, que padeció y murió en ella. Haz siempre, á ejemplo de los primeros cristianos, la señal de la cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y, sobre todo, cuando te asalta alguna tentación, ó

te hallas en algún peligro.